

» no pueden pasarse los obispos? » A pesar de las excusas de su humildad, san Bernardo recibió orden formal de hallarse en el concilio de Troyes. Esta venerable asamblea arregló, bajo la inspiración del santo abad, las disensiones que existían en la Iglesia de Francia, y decretó para reforma de los clérigos gran número de reglamentos sabios y enérgicos. El concilio encargó al santo abad de Claraval la formación de la constitución del orden de los Templarios, con cuyo objeto fué á Troyes Hugo de Payns, su fundador. La regla que con aprobación de los Padres les entregó san Bernardo se dividía en setenta y dos artículos. Se introdujeron algunas modificaciones cuando la orden se hubo multiplicado. Hé aquí los puntos que parecen los principales de la regla primitiva. « En tiempo ordinario, los caballeros oirán todo el oficio divino, del día y de la noche. Cuando se lo impida el servicio militar, rezarán trece *Pater noster* por maitines, siete por cada hora menor, y nueve por vísperas. Comerán de carne tres días por semana, domingo, martes y jueves. Comerán pescado los otros cuatro días, y en viernes ni huevos ni lacticianos. A la muerte de cada hermano, se dará por espacio de cuarenta días la porción del difunto á un pobre. Cada caballero podrá llevar tres caballos y un escudero. No cazarán aves ni animales. En el día de su recibimiento prestarán juramento en estos términos: Juro defender con palabras y armas, y mantener aun á costa de mi vida, todos y cada uno de los dogmas de la santa fe católica. Prometo obediencia al gran maestro de la orden y sumisión á los estatutos de nuestro bienaventurado padre Bernardo. Iré á combatir mas allá de los mares cuando fuere yo requerido. No huiré jamás á la faz de tres infieles. Yo observaré continencia perfecta. Así me ayude Dios y estos santos Evangelios. » Si los Templarios hubieran cumplido exactamente con su juramento, la historia no se hubiera visto precisada á referir su sangrienta catástrofe.

9. En tanto que las comarcas occidentales de la Europa se sometían á la influencia de san Bernardo, san Othon, obispo de Bamberg, evangelizaba las regiones septentrionales de la Ale-

mania y convertía á la fe los pueblos de la Pomerania. Ya habia anunciado en esta comarca el Evangelio en tiempo de Boleslao, duque de Polonia, y de Calixto II; pero sobrado propensos á su culto idolátrico, recayeron en él, y el mismo santo obispo volvió de orden de Honorio II á consolidarlos en la fe cristiana. Los milagros con que ilustró su paso el santo misionero, despertó la fe casi apagada en aquellas poblaciones, y aun la anunció en otras comarcas. Estableció un obispado en la ciudad de Vollin, fundó iglesias florecientes en Piritz, Stettin y Camin: bautizo al duque Vratislao, y murió en fin en 1130 con el título de apóstol de la Pomerania. ¡Haga el Señor que esas comarcas, separadas hoy de la Iglesia por la herejía, vuelvan á la unidad católica de sus padres, y á la cual deben su civilización! En España, Alfonso VI, llamado el Grande, rey de Castilla, habia prolongado sus conquistas con su reinado, que duró hasta 1109. Su yerno, Alfonso II el Batallador, rey de Aragon y Navarra, ganó muchas batallas contra los Al-Moravides, nueva dinastía sarracena venida de Marruecos, mas perdió la última de Fraga y murió de tristeza en 1134. Los cruzados franceses y los caballeros de las nuevas órdenes militares contribuyeron mucho al buen éxito de los cristianos en los dos reinados dichos y en los de los posteriores. Alfonso VII, rey de Castilla, aprovechándose de las discordias de los Sarracenos, prosiguió sus conquistas, que no fueron suspendidas sino con su muerte, acaecida en 1154, y por el advenimiento de los Al-Mohades, que reinaron sobre las ruinas de los Al-Moravides. — El pontificado de Honorio II terminó pacíficamente en medio de acontecimientos dichosos para la Iglesia. Este papa murió el 14 de febrero de 1130, despues de cinco años de pontificado.

§ II. PONTIFICADO DE INOCENCIO II (17 de febrero de 1130-24 de setiembre de 1143).

10. A la muerte de Honorio II, los cardenales le dieron por sucesor á Gregorio, cardenal diácono del título de San Ángelo. Mucho se resistió el nuevo papa: y con voz entrecortada de sollozos decía: « Que era indigno de tan alto puesto, de tan

» elevado honor. » Pero le respondieron los cardenales : « No os proponemos para el honor, sino para el peligro. » Gregorio accedió en fin, fué revestido de sus ornamentos pontificales, y entronizado en la iglesia de Letran, el 17 de febrero de 1130, tomando el nombre de Inocencio II. — Sin embargo en el mismo día, Pedro de Leon, de familia judía recientemente convertida, y á quien daban grande influencia en Roma sus riquezas, se hizo elegir por algunos cardenales disidentes, invadió á mano armada la iglesia de San Pedro, la saqueó y se hizo coronar soberano pontífice, bajo el nombre de Anacleto II. Al escándalo del cisma, añadía el antipapa el de sus malas costumbres. Sin embargo, tuvo el atrevimiento de notificar su eleccion á todos los reinos cristianos. Decía á Ludovico el Craso : « Tributamos con justicia á la Iglesia galicana el testimonio de » que jamás ha sido infectada por el error ni el cisma. » Pero no hubiera merecido tal elogio si hubiera acogido su pretension. El venerable san Hugo, obispo de Grenoble, fué el primero en dar muestra pública de su fidelidad á la Santa Sede, excomulgando inmediatamente al antipapa en el concilio del Puy, y proclamando la legitimidad de Inocencio II. Lo mismo practicó en Alemania el arzobispo de Magdeburgo, san Norberto. Ludovico el Craso convocó un concilio nacional en Etampes para que los obispos resolviesen la cuestion de las dos obediencias; mas los prelados pusieron esta importante decision en manos de san Bernardo. El abad de Claraval, examinados los hechos maduramente, declaró que Inocencio II debía de ser reconocido por el vicario de Cristo, por el legítimo sucesor de san Pedro. Todos los obispos del concilio aprobaron su decision; se cantó el *Te Deum* en accion de gracias; el rey, los señores, los obispos y los abades suscribieron á la eleccion de Inocencio y le prometieron obediencia.

11. Pedro de Leon se mantenía no solo rebelde y cismático, sino tirano, pues que trataba á Roma cual ciudad conquistada. Inocencio II se vió obligado á huir de Roma y refugiarse á Francia, donde le recibió con todos los honores debidos Ludovico el Craso, en cuyo reinado se vieron cinco pontífices bus-

car asilo en su reino, al que tituló Baronio : « Puerto de la barca de Pedro en la borrasca. » El augusto fugitivo no tenia ni oro ni soldados como su competidor; « pero, dice un analista, » tenia por sí á san Bernardo, que, él solo, valia ejércitos. » El abad de Claraval puso su ingenio é influencia prodigiosa al servicio del papa. Inocencio II le envió á verse en Rouen con el rey de Inglaterra, que aun vacilaba entre las dos obediencias. « Príncipe, le dijo san Bernardo, ¿ qué temeis en » someteros á Inocencio II? — Temo, respondió el rey, cometer un pecado. — Si eso es lo que os detiene, repuso el santo, » estad seguro de vuestra conciencia. Pensad en satisfacer » por otras culpas, pues en cuanto á esta, yo me cargo con » ella. » Enrique I no preguntó mas; abrazó el partido de Inocencio II, y fué á visitarle á Chartres, se postró á sus piés y le prometió obediencia filial por sí y por todos sus vasallos. Lotario, rey de la Germania, suplicó al papa pasase á Alemania. Inocencio II accedió, y fué á Lieja, donde se estaba celebrando un concilio (año 1134) de todos los obispos de aquel país. A su llegada, Lotario salió á pié al encuentro del vicario de Cristo, y quiso llevar él mismo la brida de su caballo para mostrar al mundo cuán grande era el padre de los reyes y de los pueblos cristianos. Los reyes de Aragon y Castilla enviaron tambien su adhesion á la obediencia del papa legítimo.

12. A su regreso á París, Inocencio II encontró esta ciudad conmovida por un milagro patente, sucedido entonces por intercesion de santa Genoveva, y cuya memoria mandó se celebrase anualmente. La espantosa enfermedad del *fuego de san Anton* assolaba en 1130 la capital de la Francia. Estéban de Senlis, obispo de París, mandó ayunos y oraciones para aplacar la ira del Señor. Los enfermos acudian en tan gran número á la catedral para implorar la intercesion de María Santísima, que apenas si podian celebrar los canónigos los oficios divinos. Era inmensa la mortandad. Estéban de Senlis se acordó de que santa Genoveva habia ya libertado á París de muchas calamidades. Ordenó, pues, una procesion general en que se llevasen las reliquias de la humilde virgen de Nanterre por las calles

de la ciudad y hasta por lo interior de la catedral. Toda la población acudió en masa el día señalado, y era tanta la concurrencia, que con suma dificultad pudo abrirse camino la procesion entre tanto gentío. Trescientos enfermos se hicieron transportar á la catedral. Al entrar el relicario de la santa en la catedral, todos los enfermos fueron curados instantáneamente. Resonó por las altas bóvedas de la basílica una inmensa exclamacion de entusiasmo; y todo el pueblo, arrodillado, prorrumpió en cánticos de alabanza, admiracion y agradecimiento. El cronista que refiere este milagro dice: « Nadie ponga en » duda nuestro relato, porque no referimos lo que hemos oido » decir, sino lo que hemos visto con nuestros propios ojos y » tocado con nuestras propias manos. » Para perpetuar la memoria de milagro tan visible y manifestar el reconocimiento del pueblo de París, se fabricó una nueva iglesia llamada de *Santa Genoveva de los Ardientes*.

13. El 19 de octubre de 1131, el papa abrió un concilio en Reims, é iglesia de San Remigio, con asistencia de trece arzobispos y doscientos sesenta y tres obispos de todas las comarcas del mundo católico: se reconoció solemnemente á Inocencio II por solo y legítimo sucesor de san Pedro. Se renovaron los anatemas contra el antipapa Anacleto; y Ludovico el Craso, presentándose en medio de la asamblea, subió al estrado donde estaba el trono pontifical y besó los piés del vicario de Cristo, y luego se colocó al lado suyo. Deseando Ludovico que se coronase á su hijo y sucesor, el papa fijó día para el coronamiento del jóven príncipe Luis VII el Jóven, de edad entonces de solos diez años. Se hizo la ceremonia en la catedral de Nuestra Señora. El papa llevó de la mano al jóven príncipe al altar; y tomando la *santa ampolla*, ungió al nuevo rey con el santo óleo de que se valió san Remigio en el bautismo de Clodoveo. El clero, los señores y el pueblo exclamaron: ¡ Viva Luis VII! viva Luis VII! (Año 1131.)

14. Era pues reconocido por la inmensa mayoría del mundo católico Inocencio II como pastor legítimo de la Iglesia. A pesar del crédito y poder que le daban sus riquezas, Anacleto

solo tuvo por él á Rogerio, duque de Sicilia, y á Guillermo, conde de Poitou y duque de Aquitania. Rogerio solo era duque, y deseaba el título de rey; el antipapa se lo dió, casándole con su hermana y dándole el principado de Capua y el señorío de Nápoles. Ramon IV, conde de Barcelona, dió al mundo un espectáculo muy diferente. Casado con la heredera del rey de Aragon, don Ramiro, y hecho señor del reino por renuncia de Ramiro; que se hizo monje, no quiso aceptar el título de rey: « Yo he nacido conde, decia, y no valgo mas que mis » padres. Mas quiero ser el primero de los condes que ser ape- » nas el séptimo de los reyes. » — Guillermo de Aquitania habia sido comprometido en el cisma por Gerardo, obispo de Angulema, á quien se vió obligado Inocencio II á quitar el título de legado apostólico en Francia por su conducta escandalosa. El emperador de Constantinopla, y los príncipes latinos de la Palestina y Oriente habian reconocido tambien á Inocencio II como verdadero papa. Apoyado pues en su derecho y en el casi universal reconocimiento, el soberano pontífice se resolvió á regresar á Italia. El rey de Alemania, Lotario, le prometió un ejército para reintegrarlo en Roma y arrojar de allí al antipapa. El agosto pontífice quiso, antes de dejar la Francia, visitar el monasterio de Claraval, cuyo abad le habia hecho tan señalados servicios. Al percibir de lejos las cimas que dominan el valle, el papa exclamó agradecido: *Quam pulchra tabernacula tua, Jacob, et tentoria tua, Israel!* Su visita fué la mayor fiesta para aquellos fervorosos monjes (1).

15. Inocencio II pudo arrancar de su amada soledad á san Bernardo para acompañarle á Italia. El viaje del ilustre papa y del santo abad era una marcha triunfante. Las ciudades de la Lombardía se precipitaban al paso de san Bernardo, y los obispos todos se disputaban el honor de cederle su asiento:

(1) Dice con mucha gracia y sencillez un cronista contemporáneo: « Todos se » regocijaban en el Señor: la solemnidad consistia mas en grandes virtudes que » en banquetes. El pan, en lugar de ser de puro candeal, era de harina con sal- » vado; si por casualidad se hallaba un pescado, se ponía ante el señor Papa, mas » bien para ser visto que comido. »

Pisa y Génova estaban en guerra: aparece el hombre de Dios, y todos quedan de paz. « No, no te olvidaré jamás, escribía » san Bernardo á la ciudad de Génova, pueblo religioso, noble » nacion, ciudad ilustre! Por la noche, por la mañana, al medio día, yo te anunciaba la palabra de Dios, y tu piedad recogía afectuosa mi voz. Yo llevaba la paz á vuestras moradas, y como erais hijos míos, nuestra paz se quedó entre vosotros. Sembraba yo y recogía al mismo tiempo: yo llevaba, por fruto de mi cosecha, á los desterrados, la esperanza de su patria; á los cautivos, la libertad; á los enemigos, el terror; á los cismáticos, la confusion; y en fin, la gloria á la Iglesia y al mundo cristiano la alegría. » El rey Lotario se reunió con el papa cerca de Trevisa; y tomaron juntos el camino de Roma, en tanto que una armada de Genoveses y Pisanos aportaba á Civita-Vecchia é iba sometiendo todo el litoral al sumo pontífice verdadero. Por fin, el 4.º de mayo de 1133 entró Inocencio II con gran pompa en la iglesia de Letran, entre aclamaciones de júbilo. El antipapa se habia refugiado y fortificado en la iglesia de San Pedro con sus soldados. Mas ni se pensó en atacarle. Lotario II y la reina Riquilda, su esposa, recibieron la corona imperial de manos del papa, el cual otorgó con esta ocasion al nuevo emperador, mediante una renta anual, el usufructo de los bienes que la condesa Matilde habia donado á la Iglesia romana. Esta concesion fué, mas tarde, ocasion de disturbios entre la Santa Sede y el imperio. Los papas la revocaron despues, y se pusieron en posesion de estos dominios que constituyen el patrimonio de san Pedro. Al mismo tiempo san Bernardo habia sido enviado con mision pacífica á Conrado, duque de Suabia, y á Federico, duque de Franconia, que persistian en sus agresiones ambiciosas contra Lotario. Por mediacion del santo abad de Claraval, recibió el emperador la sumision de ambos príncipes. Federico vino á jurarle pleito homenaje en la dieta de Bamberg de 1135, y en el mismo año renunció públicamente el duque Conrado al título de rey en Mulhausen, y reconoció por su señor á Lotario II. El emperador les devolvió sus dominios y

honró á Conrado con el título de alférez del imperio y le dió el primer rango ó puesto en Alemania despues de él. Así quedó restablecida la paz en la Iglesia y en el imperio, gracias á la mediacion persuasiva y amorosa de san Bernardo.

16. El humilde religioso despues de terminadas tan grandes cosas regresó á su amada abadía de Claraval; pero los acontecimientos no le permitieron permanecer en ella mucho tiempo. Despues de la salida de Lotario y su ejército, se volvieron á apoderar de Roma las tropas de Anacleto. Inocencio II creyó prudente ceder á la borrasca y se retiró á Pisa, para donde convocó un concilio de los obispos de España, Italia, Francia y Alemania para el año siguiente, esperando acabar con todas las tentativas de cisma con la union de las cuatro grandes potencias europeas en la misma obediencia. Mandó llamar á san Bernardo, cuya presencia parecia indispensable al bien de la Iglesia. Se abrió el concilio el 30 de mayo de 1134, siendo como su alma el santo abad de Claraval. « Asistia á todas las » deliberaciones, dice su biógrafo. Era reverenciado de todos, » y se veian obispos numerosos esperándole á la puerta. Y no » era por fausto el no podersele hablar fácilmente, sino por la » inmensidad de gentes que le querian hablar; por manera » que á pesar de su humildad, parecia tener toda la autoridad » del papa. » Pedro de Leon fué de nuevo excomulgado, y se pronunció contra sus fautores la pena de deposicion sin esperanza de restablecimiento. San Bernardo fué enviado á Milan para atraer á la obediencia del soberano pontífice esta ciudad, que habia abrazado el cisma. Al aproximarse este grande hombre, se conmovió toda aquella inmensa poblacion. Nobles, ciudadanos, plebeyos, ricos, pobres, todos dejaban sus hogares para salirle al encuentro, por manera que la ciudad quedaba desierta. Transportados de júbilo se arrodillaban ante el santo, le besaban los piés y le arrancaban los hilos de su hábito para hacerse reliquias. Dios recompensó la fe de este pueblo con milagros. Los enfermos, traídos á san Bernardo, recobraban la salud. Las gentes estaban todo el día de pié ante la puerta del alojamiento que le deparó el gobierno en su pala-

cio; y el santo se veía obligado de vez en cuando á asomarse á las ventanas, y bendecir á la muchedumbre. Así es que no podía ser dudoso el buen éxito de su mision. Aun antes que entrase en lo interior de la ciudad, esta estaba ya convertida; y la poblacion entera exclamaba con entusiasmo: « ¡ Viva » Inocencio II! viva Bernardo! » Entre tantas maravillas, la mas sorprendente era la vida del santo abad. Extenuado por austeridad y fatigas sobrehumanas, su cuerpo debilitado y lánguido parecia estar á punto de espirar á cada momento, pero se reanimaba con incesante prodigio por el soplo de la Providencia, que se valia de él como instrumento para arreglar los destinos de la Iglesia y de los imperios. Obligado á huir de Milan para esquivarse de las importunidades obsequiosas del pueblo, que queria, bien á pesar suyo, elevarlo á la silla metropolitana de aquella ciudad, se fué sucesivamente á Pavia y á Cremona, donde recibió igual acogida. En fin, acabada su mision volvió á pasar los Alpes de regreso á Francia.

17. El duque de Aquitania se obstinaba en el cisma; y solo, entre los señores franceses, era del partido del antipapa. San Bernardo fué á buscarle á Parthenay en 1135; y despues de una conferencia sin resultado, el ilustre abad se valió de otras armas. Fuése al dia siguiente á la iglesia para celebrar el santo sacrificio: todos los fieles ortodoxos entraron con él en el sagrado recinto; el duque y otros cismáticos se quedaron en la puerta. Despues de la consagracion, Bernardo, inspirado de Dios, tomó la sagrada hostia en sus manos y se acercó hácia el duque de Aquitania; y elevando el cuerpo de Nuestro Señor, dijo: « Hemos orado, y vos habeis menospreciado » nuestras oraciones. Hé aquí el Hijo de la Virgen que viene » á vos, la cabeza, el Señor de la Iglesia que estais persiguiendo. » Hé aquí vuestro juez, á cuyo nombre todo se arrodilla en el » cielo, en la tierra y en los infiernos! Vuestro juez en cuyas » manos caerá vuestra alma! ¿ Le menospreciaréis tambien? » Le menospreciaréis como á sus siervos? » Al pronunciar estas palabras su rostro resplandeció cual el de un ángel; los asistentes, postrados, se deshacian en lágrimas; hasta el mismo

duque cayó de frente en tierra. Bernardo, tocándole con el pié, le mandó levantarse. « Ved allí al obispo de Poitiers á » quien habeis arrojado de su silla por su fidelidad al legítimo » papa: id á reconciliaros con él. Dadle el ósculo de paz; res- » tableced la union en vuestros Estados, y someteos con toda » la Iglesia católica al soberano pontífice Inocencio II. » El duque obedeció: los obispos católicos fueron reintegrados en sus iglesias, y quedó en paz la Aquitania. Gerardo, obispo de Angulema, cuya ambicion habia provocado el cisma, murió repentinamente en la misma época. Así quedaron extinguidos en Francia los últimos restos de division, y todas sus provincias siguieron la obediencia de Inocencio II.

18. En la vida de san Bernardo una victoria llama á otra. El éxito feliz de su intervencion con el duque de Aquitania, sugirió al papa la idea de que emplease tambien el santo abad su irresistible influencia con Rogerio, duque de Sicilia. San Bernardo atravesó pues por tercera vez los Alpes en 1136, año de la muerte de Ludovico el Craso en Francia, y de Enrique II en Inglaterra. El emperador de Alemania por su parte venia con un ejército, decidido á obrar con el mayor rigor para extinguir por fin el cisma, ahogándolo si necesario fuere en la sangre de sus autores. Mas la presencia de Bernardo cambió el órden de los proyectos; y la situacion se desenlazó con un triunfo pacífico, semejante á los muchos otros del abad de Clavaul. El hombre de Dios vino con dos cardenales á verse con el duque de Sicilia en Salerno. El célebre cardenal Pedro de Pisa, que sostenia el partido del antipapa, fué encargado por el rey de responder á los argumentos de san Bernardo en una conferencia pública. Era un espectáculo magnífico el ver en lucha, uno con otro, al cardenal mas sabio de aquella época en la jurisprudencia civil y canónica, y al santo monje cuya elocuencia y conviccion se llevaban de calles las muchedumbres y dominaban á la Europa! Pedro de Pisa habló el primero en favor de Anacleto. « Yo conozco muy bien, le respondió san » Bernardo, vuestro talento y erudicion: ¡ ojalá tuvierais mejor » causa que defender! no habria elocuencia que os pudiera